Museo Etnográfico
Castilla y León

LA ZORRA Y EL QUESO

Pues resulta que la zorra, después de corretear todo el día para acá y para allá, no había encontrado nada que echarse a la boca y tenía más hambre que el perro de un volatinero. Cuando se hizo de noche, se acercó a un pozo a beber y vio abajo la luna reflejada, que parecía un queso de redonda y blanca que era.

—¿Cómo podría yo arreglármelas para bajar y coger ese queso?

Se metió en un caldero que había allí mismo, en el brocal, y sin encomendarse a nadie se agarró de la maroma que había en la polea y se tiró; pero al bajar un cubo, subió el otro lleno de agua, y ella se quedó en el fondo sin poder salir.

—Pues vaya negocio que he hecho... Compuesta y sin queso.

Al rato, cuando ya casi había desesperado de que pasase nadie por allí, se asomó el oso.

—¿Qué haces ahí abajo, amiga zorra?

—Pues ya lo ves, que me estaba comiendo este queso y no puedo más de lo harta que estoy.

—Oye, pues déjame bajar, que a mí lo que me sobra es el hambre.

—Ahí tienes el caldero; métete dentro y ven acá, que te dejo lo que queda.

En cuanto se metió el oso en el cubo subió la zorra a escape.

—Anda, bobalicón, para ti todo el queso, y que te hartes.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

Érase que se era… Cuentos duales. Cuentos tradicionales de Castilla y León, recopilación y estudio de Joaquín Díaz, Urueña: Editorial Castilla Tradicional, 2008, pág. 25.